

EN EL PRÓLOGO DE LAS JORNADAS.

ÁNGEL AROCA LARA
DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA

Nuestra Academia que presume de vieja —con razón—, pues dentro de dos semanas cabales habrá de cumplir sus 185 años de servicio abnegado a la Cultura y a Córdoba, se siente hoy joven y abrumada a la sombra del milenario Hisn-Ashar, germen de este querido pueblo de Iznájar, que ya fue anfitrión para algunos de nosotros con ocasión de la “XI Reunión Provincial de Cronistas Oficiales de Córdoba”.

Desmochadas las torres, rota la barbacana, el adarve maltrecho, las piedras venerables desgranándose en su lepra de siglos, tristemente enmascarada la gallardía y nobleza de su fábrica, el viejo castillo se yergue todavía en lo alto de la peña, imponente, en desafío ejemplar al viento, al agua y a los hombres, demolidores implacables, que, aunque hayan conseguido menguar su altivez, no lograron, en más de un milenio, arruinar su gloria.

Él, desde la suficiencia que le otorgan sus muchos años, conoce casi todo lo que habremos de comunicar en las cuatro apretadísimas sesiones de trabajo que habrán de desarrollarse en estos dos días de convivencia. Lo que para nosotros son historias forjadas en el paciente desentrañar de los archivos, son para él recuerdos de hechos vividos que dejaron una huella indeleble en sus piedras.

¿Qué no sabrá el viejo Hisn-Ashar de todo lo que aconteció en esta tierra en los siglos del Medioevo? Hasta él llegó —como reguero de pólvora— la noticia de que Abd al-Rahman ibn Muawiya, el príncipe fugitivo, acababa de aposentarse en Turrush; aquí mismo, a dos horas de camino Genil arriba, y, tras ser proclamado emir en la mezquita de Archidona, lo vio partir hacia Córdoba con su ejército de sirios yemeníes y bereberes, resuelto ya a permanecer en ella y a tejer sobre su urdimbre romano-visigoda un bello manto de damasco.

Belicoso y fiel a sus raíces, se sumó a la causa de Umar ben Hafrún y enarboló en sus almenas la bandera de la rebeldía. La represión de Al-Mundir fue terrible y la peña de Iznájar se arreboló en la sangre de los suyos. Y, sobre esta sangre, se vertió más tarde la de Fasl ben Salema, su señor, porque los iznajeños no quisie-

ron volver a las andadas.

La pacificación de Al-Andalus le permitió crecer y hacerse aún más fuerte. Su aspecto era tan imponente que Abus ben Maksan no dudó el instalarse en él con su corte y hacer de Iznájar la capital de un efímero reino bereber.

Vio pasar a Al-Edrisi y lo impresionó con la gallardía de sus murallas. Y fue fugazmente cristiano tras el espectacular avance de Fernando III, el santo rey de Castilla. Pero el Pacto de Jaén de 1246 determinó su destino nazarita, convirtiéndolo en un bastión defensivo de frontera, llave y centinela de Loja, la bien guardada.

Intermitentemente asediado a lo largo de dos siglos inacabables, pasó de unas manos a otras, supo de las mieles del triunfo y la amargura de la derrota, fue testigo de innumerables talas y algaradas... Mas no fueron bastantes todos los ginetes del Apocalipsis para impedir que el blanco arrabal siguiera prosperando a sus plantas; y, como padre amoroso, multiplicó sus brazos una y otra vez para protegerlo.

Estaba tan maltrecho tras su conquista definitiva por los cristianos, que fue preciso abrir una vieja calera –“del tiempo de los godos”– en Las Majadillas, para restañar sus heridas. Y allí dicen que apareció la Virgen de la Piedad, y él se alegró de haber sido la causa de que se nos revelara, al fin, el precioso tesoro escondido. Miraba cada tarde desde La Ladera para ver como el sol del crepúsculo arrebolaba el viejo humilladero y envolvía en destellos de oro aquella efigie que acababa de entrar en la historia de Iznájar. Luego la vio peregrinar hacia el Barrio Bajo y, de aquí, al de la Sima. Ofreció, seguramente, algunas de sus piedras para la ermita que trazó Francisco de Doblas, y vio crecer hasta cotas altísimas la devoción de los iznajeños por la “Virgen de acá”.

El 23 de octubre de 1466, Enrique IV decidió entregar nuestro castillo y la villa que había surgido en derredor a don Diego Fernández de Córdoba y Montemayor, conde de Cabra, que tan bien lo había servido en la guerra civil de Castilla.

Vinculado ya al mayorazgo de Baena, entró el viejo Hinsn-Ashar en la Edad Moderna, y supo de brujas y de procesos inquisitoriales, y vio alzarse la iglesia del Señor Santiago y oyó decir a Blas de Masabel que no era menester templo tan ambicioso para tan pocas almas, y sus piedras se dolieron de que se recortara el proyecto originario de la parroquial.

Un día, los Fernández de Córdoba, tan devotos del arcángel San Rafael, le pidieron una de sus torres, para alzar en triunfo al conductor de Tobías. Y a sus plantas ardieron candelillas cada vez que algún iznajeño se aventuraba a dejar esta tierra para engrosar las filas del ejército, consagrarse a Dios en algún cenobio, cursar estudios en el colegio egabrense de la Inmaculada o buscar el cambio de fortuna en la emigración.

Sus piedras venerables conocieron del arrepentimiento de la Magdalena, escucharon la embajada del ángel y se fortalecieron con la fe inquebrantable de Abraham. ¡Cómo no habrían de revelarse ante los furibundos ataques episcopales contra El Paso!

Hasta este viejo castillo roquero llegaron los gritos de ¡Viva la libertad! y ¡Muera la reina! proferidos por los seguidores de Albeitar de Loja en el verano de

1861; y es seguro que sus cimientos hubieron de estremecerse más por ello que por las intrigas de don Timoteo de la Paz y Montes o porque se hubiera declarado morganático el matrimonio del Vizconde de Iznájar con la hermana del rey con-sorte, aquel que inundó de encajes el lecho nupcial de Isabel II.

Como todo se comentaba por el pueblo, hasta las almenas de nuestro castillo llegaron las habladurías sobre los celos infundados de don Juan de Castro, siempre atento a las entradas y salidas de su casa y vigilando el sueño de su esposa mientras jugaba a hacer romances. Una mañana, escucharon el redoble que anunciaba la ejecución de Miranda y lamentaron que la reina desoyera la petición de clemencia de Julio Burell, aquel que, años atrás, cuando aún no pensaba en formar parte del gobierno de la Nación, solía corretear por los adarves.

Sólo nuestro castillo –para el que no tiene secretos la historia de Iznájar– podría desvelarnos si alguna vez se deslizó un fantasma entre sus muros. Sí nos consta, en cambio, que estuvo habitado por una familia de espiritistas, germen, quizá, de profundo arraigo que alcanzaron estas prácticas la población. Las cosas llegaron a tal extremo que, en una novena y con la iglesia repleta de fieles, alguien retó al párroco, don José Serrano Aguilera, a mantener un duelo dialéctico sobre el particular.

Todos estos misterios subyugaron de muchacho a Cristóbal de Castro, de cuyas correrías junto a sus hermanos Miguel y Luis también podrían darnos noticia los bastiones del castillo. Una noche, desde la Torre del Reloj, se dejó oír una pretendida voz de ultratumba: “¡Tuerto! ¡Tuerto!...” “Tu físico, tu comportamiento, la figura de tu cuerpo, son lo mismítico que una ensarta de pimientos. ¡Tuerto!...” “¿Quién me llama? –respondió el aludido– “Un alma de otro mundo, Dime mil misas”. Y aquel pobre hombre, víctima habitual de las travesuras de Cristóbal de Castro, sin dudar por un momento de la identidad de la supuesta alma en pena, le respondió con la misma guasa: “Pues mándame mil pesetas, porque si no te van a decir mil puñetas”.

Otro día, Rafael Alberti, cuando su tuberculosis le llevaba a ver muertos y suicidas por doquier, dudó si quedarse prisionero en otra torre de Iznájar –“cuatro ventanas al viento”–, en este caso la de su iglesia parroquial, y de ello tomó buena nota nuestro castillo. Y alguien le dijo que Antonio Quintana comenzaba a hacer versos en Madrid y que su libro *El ojo único del unicornio* había sido accesit del Adonais.

En el siglo XVIII vió surgir junto a él la nueva panera del Pósito y, en los años sesenta de nuestra centuria, vio alzarse como aquellos enemigos antiguos que aspiraban a alcanzar sus murallas. Hoy, cuando la sequía ha levantado aquel líquido asedio, llora desde sus almenas la desolación de su entorno.

No es extraño que el Castillo de Iznájar no se haya inscrito en estas “Jornadas”, que pretenden abordar el pasado de una villa que él conoce como nadie, porque la vio nacer y ha sido testigo de todos sus avatares. Pero él ha de ser también fedatario para la posteridad de que, en el ocaso de octubre de 1995, la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, en su anhelo de proyectarse a todos los rincones de la provincia, ha llegado hasta aquí enarbolando la bandera de la Cultura, que es la que hace libres a los hombres.

Que la Virgen de la Piedad nos ilumine para que acertemos a comunicar con

rigor y amenidad todos nuestros trabajos sobre Iznájar. Si así lo hacemos, el viejo Hisn-Ashar habrá de pregonarlo —de ello estoy seguro— a todos los vientos desde lo alto de sus torres, para honra y gloria de nuestra Academia.